

10 Despierto en plena oscuridad. ¿Dos... tres de la mañana? Hundo la cabeza en la almohada y trato de agarrar sueño de nuevo. Agradable sensación que el ruido lejano de la licuadora, una gárgara metálica, interrumpe de golpe. Afino el oído: el choque de vasos en la cocina, los pasos de papá saliendo del baño, los primeros carros que atraviesan la avenida. Un ojo hacia el despertador para confirmar mi sospecha.

Maldición, seis de la mañana.

A las seis y dos minutos, mamá entra con el jugo de papaya. Lo deja en la mesa de noche, junto al despertador. Siempre de papaya, en ayunas y bajo de azúcar, como lo recomienda una nutricionista de la televisión. Mamá me da una palmadita en la cabeza y abre las cortinas de mi cuarto. Un ramalazo de luz me recuerda que el verano sigue.

Que las vacaciones acaban.

El baño es apenas un chorro de agua en la cabeza. Chorro frío porque hay que despertarse y porque

papá ya ha usado toda el agua de la terma. Bien vestido, mal peinado, avanzo por el pasadizo donde el olor del uniforme nuevo se mezcla con el del café recién pasado. Me asomo a la cocina: mamá y papá están sentados en el comedor. Papá está leyendo el periódico mientras toma su café. Al verme, su expresión se transforma en un gesto —algo risueño, algo burlón— que anuncia la pregunta de todos los inicios de clase; la pregunta que aún hoy, a mis catorce años, me es imposible procesar:

11

—Hola, hijo. —La pausa inevitable, la sonrisa, el sorbo de café, de nuevo la sonrisa—. ¿Listo para tu primer día?

En la mesa me esperan el café con leche y las tostadas con queso fresco. ¿Se puede estar listo para un primer día? Afuera, el sol ya despunta, los primeros bocinazos atraviesan la sala y llegan al comedor. *El tercer año es cosa seria*, dice papá. Un sorbo interrumpe sus consejos sobre el primer día de clases. La mirada de papá se detiene por un segundo en los deportes. «Alianza deja escapar el triunfo en el último minuto», dice el titular de la última página. Mamá toma el relevo y juega en pared: *Ya es hora de no estar detrás de ti con las tareas*. Papá cierra el periódico. *Si has tenido problemas el año pasado, prepárate para el álgebra*, añade mientras se para y coge su maletín de trabajo. *Recuerda, hijo, el*

*colegio es la mejor etapa de la vida*, sentencia antes de despedirse de mamá con un beso. A mí me corresponde una palmada en el hombro.

12 La llamada por teléfono de Daniel apura mi café con leche. Él vive unas cuadras barrio adentro y llegará en pocos minutos. Su puntualidad enfermiza me hace bajar apurado los tres pisos del edificio para esperarlo. Detesto que toque el intercomunicador y que entonces mamá me trate como a un niño que no sabe manejar sus tiempos. Con el desayuno sin digerir, llego a la avenida: bulla de micros, apuro de padres, sol plenamente instalado. Periódicos con terribles titulares empape-  
lan el quiosco de la esquina.

Ningún titular menciona que las clases comienzan hoy.

A lo lejos lo veo venir: el paso torpe, la mochila sostenida por los dos tirantes, la ropa impecable y una sonrisa a prueba de un primer día de clases. ¿Se puede ser feliz todos los días del año? Nos saludamos, un gesto apenas, y cruzamos en silencio la avenida rumbo al paradero que va al sur. Los micros, desbordados de pasajeros, se siguen de largo. Un niño mira extrañado cómo su papá lanza lisuras contra un micro que no los ha querido recoger. Al fin, un chofer se compadece —*Sube, sube*—, trepamos —*Lleva, lleva*—, y nos unimos a la mancha de uniformados que viajan apretados y ensordecidos por un merengue a todo volumen.

Bajamos donde la avenida se cruza con la calle que conduce al colegio. Calle repleta de garajes donde se venden libros-cuadernos-lápices-jugos-dulces y todo lo que se puede llevar en una mochila o en una lonchera. Muchos nos hemos quitado la casaca azul y la colocamos sobre nuestras mochilas. Daniel, en cambio, avanza uniformado, con sus dos tirantes, con su sonrisa, con sus incipientes gotas de sudor en la frente. Sigue avanzando, a mi lado y en silencio, hasta que un palmazo en la nuca lo despabila. Lucas nos ha dado el alcance y saluda a Daniel con la efusividad de siempre. Lucas tampoco tiene la cara de velorio que tengo yo. A Daniel todo le emociona, a Lucas todo le resbala. ¿Será que en los extremos se encuentra la felicidad?

13

Llegamos al colegio y cruzamos el portón de metal. A pesar de la avalancha, el portero trata de saludarnos a todos por nuestro nombre. La vida de un portero debe ser muy aburrida en vacaciones y por eso se muestra como la persona más alegre en el primer día de clases. Daniel, Lucas y yo somos parte de la mancha de uniformes azules que avanza hasta el patio central, lista para la ceremonia de inauguración. De primero a quinto, de izquierda a derecha, cada sección dispuesta en dos filas formadas por orden de tamaño. Este año me ha tocado al costado de Daniel y justo delante de Lucas; hasta el año pasado yo me alineaba detrás de ellos. *Seguro que se han estirado por la natación*, dirá

papá cuando visiten la casa y repare en sus tallas. Al fondo de la fila, como siempre, está Alberto con su porte enorme y parada displicente. El sol, ahora sí, nos quema sin piedad.

14 A lo lejos vemos venir al director de estudios y, entonces, las cosquillas en el estómago nos hacen perder algo de la posición erguida con la que se nos exige estar en las ceremonias importantes del colegio. Y la inauguración del año escolar es, qué duda cabe, una de sus ceremonias favoritas.

Con paso solemne, enfundado en su terno azul, el director de estudios sube al estrado de madera. Se planta con las manos en la cintura; gesto teatralmente adusto, pelo engominado, mirada desafiante y un cuerpo cuadrado que se sostiene sobre unas piernas delgadas. Detrás del director, los docentes forman dos hileras, inmóviles, brazos pegados al cuerpo y mirada al frente, como si fuera la plana mayor que escolta a un general victorioso. El director prueba el micro con un golpecito y el rumor de voces desaparece. Carraspea dos veces antes de hablar sobre los nuevos retos de este año escolar que, hasta donde recuerdo, son los mismos retos que escuché cuando empecé segundo de secundaria. Y cuando empecé primero. El sudor por el sol se confunde con el sudor por los nervios, nervios ante los anuncios que están por venir. Los anuncios que decidirán nuestra suerte para los próximos diez meses. Imposible prestar atención a la invocación que hace nuestro director a la disciplina, al compromiso,

al esfuerzo, a la solidaridad, a los valores inculcados desde los primeros años de colegio. *Un colegio que no en vano cumple cincuenta años de existencia y que es parte de una congregación reconocida por creyentes y no creyentes, y que es un referente para cualquier institución educativa del país.*

16

Alumnos y profesores vamos perdiendo nuestra posición rígida; las filas se empiezan a torcer y se mezclan con las de otras secciones. Por fin, el director concluye el discurso inaugural. Aplausos entusiastas de su plana docente. Sin perder la compostura, se seca el sudor con un pañuelo. Del bolsillo de su saco, extrae una hoja con la temida relación de secciones y tutores. Como si fuese una cábala, vuelve a golpear el micrófono y empieza a decir el nombre del profesor titular de cada clase. Los de primer año con sus tres secciones, luego los de segundo, y entonces cruzamos los dedos y, en posición de firmes, con la camisa totalmente empapada, aguantamos las ganas de correr al baño.

—Tercero A... —Hace una pausa y mira a los cuarenta de esa sección, sonrío levemente, otra pausa más larga, y añade—: Profesor Esquilache.

De las filas de tercero A explota una bulla festiva: tendrán todo el año a un profesor apagado, buena gente, incapaz de mandar a alguien a la dirección. Con su nombramiento en la sección A, la probabilidad de que

nos suceda lo peor aumenta. El profesor Esquilache da un paso hacia adelante, sonríe satisfecho por la aceptación que le muestran sus alumnos y regresa a la formación de profesores.

—Tercero B... Profesor Sanguinez.

Los del B se salvaron de lo peor y celebran como se debe. Estricto pero justo, con un inesperado sentido del humor, el profesor de Ciencias Naturales es de los pocos que no paporreea los libros de texto y que es capaz de enfrentar nuestra indisciplina con salidas ingeniosas. El profesor Sanguinez da un paso adelante y, de inmediato, regresa a la formación. Las ganas de correr al baño son reemplazadas por las ganas de desplomarse, de llorar, de regresar por donde vinimos. Los del A y el B, cuatro filas totalmente desorganizadas, se dirigen a nosotros llenos de muecas, risas exageradas, gestos obscenos. A nuestra derecha, los de cuarto año también se unen a la burla. A menos que suceda un milagro, lo peor que puede pasarle a un alumno de tercer año está por sucedernos.

—Tercero C... profesor Hurtado.

El profesor Hurtado da un paso adelante hasta quedar a un costado del director. En lo alto, la dupla más temida del colegio. El profesor Hurtado baja la cabeza con gesto malévolamente risueño y, en medio del jolgorio de las filas que nos flanquean, del silencio



funerario de nuestra sección, nos examina como un granjero a punto de degollar a sus borregos.

Terminada la inauguración, marchamos hacia nuestra aula. Fila de dos, tranco largo y sin correr, sin perder el orden, sin la supervisión de nuestro tutor porque ya estamos en tercero de media y no debemos hacer desorden. Pero apenas doblamos la esquina y entramos a nuestro patio, fuera de la mirada del director, el pelotón se desordena y se abalanza hacia el aula. Gritos de guerra, empujones y algunas mentadas de madre. Alberto encabeza el grupo con su tranco inalcanzable. Negado para las atropelladas, me pego a Daniel, quien felizmente también es torpe para correr. Algunos, desde la puerta de entrada, arrojan sus mochilas hacia la carpeta que quieren reservar. Una bulla que se repite en cada uno de los salones de nuestro patio. Una carpeta, al fondo y en la esquina, es la más peleada. Ingreso junto a Daniel y, desde todos los lados, el *Daniel, acá hay un sitio* llega como una mezcla de lamento y pedido. Daniel gira la cabeza, sonrío a todos y se sienta en una carpeta medio al fondo, medio en la esquina. Yo,